

DC289

M6

LOS DERECHOS EXCLUSIVOS DE LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DE LA PRESENTE OBRA
SON PROPIEDAD DE LOS EDITORES

PRÓLOGO

El feld-mariscal Moltke comenzó á escribir esta historia de la guerra de 1870-71 en la primavera del año 1887 y durante su residencia en Creisau trabajó en ella tres horas todas las mañanas. A su regreso á Berlín, en el otoño de dicho año, la obra no estaba del todo concluída; pero la completó en enero de 1888, hallándose en Berlín, púsola en mis manos y no me habló nunca más del asunto.

El origen del libro es el siguiente: yo había instado varias veces al general, aunque inútilmente, para que, aprovechando sus horas de ocio en Creisau, escribiera algo sobre su rica colección de recuerdos; pero siempre me contestó con estas palabras: «Todo cuanto he tenido ocasión de escribir oficialmente, ó que es digno de recordar, se puede ver en los archivos del estado mayor. Prefiero llevar á la tumba mi experiencia personal.» Generalmente le disgustaban las memorias, y no trataba de ocultarlo, diciendo que solamente servían para lisonjear la vanidad del escritor, y que éste contribuía á menudo á desfigurar importantes acontecimientos históricos imprimiendo en éstos un carácter sobradamente subjetivo é introduciendo en ellos detalles triviales. Podría suceder muy bien, en efecto, que narrando sucesos personalmente presenciados se alterase lastimosamente el carácter de un hombre público que en la historia aparece saliente en toda su pureza, desapareciendo con ello la aureola ideal que le rodeaba. Muy características de la elevación de ideas de Moltke son las palabras que, hablando en cierta ocasión de esto, pronunció y que tuve buen cuidado en anotar: «Todo cuanto se puede publicar sobre la historia de una guerra se acomoda constantemente al éxito; pero es piadoso y patriótico deber no alterar el prestigio que relaciona la gloria de nuestro ejército con ciertos altos personajes.»

Poco tiempo después de nuestra llegada á Creisau, á principios de 1887, repetí mi indicación, rogando al general que escribiera un relato de la campaña de 1870-71; y esta vez me contestó: «Ya tiene usted la

historia oficial de la guerra publicada por el estado mayor, en la cual se encuentra todo, aunque, á decir verdad, añadió, hay allí para la mayoría de los lectores demasiados detalles y excesivo tecnicismo. Será necesario hacer de ella el resumen algún día.» Pregunté al general si me permitía dejar aquella obra sobre su mesa, y á la mañana siguiente comenzó á escribir, comparándola con la obra del estado mayor, la narración contenida en este volumen, en la que sin interrupción siguió trabajando hasta dejarla terminada.

Su propósito era, pues, escribir un relato conciso de la guerra; mas involuntaria é inevitablemente acabó por concebirlo desde su punto de vista personal, como jefe de estado mayor, es decir, ordenando los sucesos dentro del gran pensamiento general que sólo conocía y podía relatar el que había desempeñado el mando supremo y dirigió la campaña. Así, pues, la presente obra, comenzada á escribir con el más sencillo propósito, como historia popular, es prácticamente desde el principio hasta el fin la expresión de una opinión particular sobre la guerra, opinión propia del general Moltke.

El *Apéndice* que lleva por título: «Sobre un supuesto Consejo de guerra en las campañas de Guillermo I de Prusia,» fué escrito en 1881. En el libro de Fedor de Koppen: *Manner und Thaten vaterlandische Balladen* (*Hombres y hechos, cantos patrióticos*), que el poeta presentó al general, hay un poema titulado: *Un consejo de guerra alemán en Versalles*, con una nota histórica por aclaración, en el que se describe un incidente que nunca ocurrió y que, dadas las condiciones en que el jefe de estado mayor daba sus informes á S. M. durante las campañas de 1866 y de 1870-71, no pudo producirse jamás. A fin de prevenir errores de tal especie en lo futuro, estableciendo de una vez y para siempre la verdad en cuanto á la tan debatida cuestión del consejo de guerra, del que se hablará más adelante en este libro, el feld-mariscal escribió este apéndice, agregando una descripción de lo que él mismo presencié en la batalla de Königgratz; y esta narración es la que, poco después de la muerte del autor, publicó en el *Munchener Allgemeine Zeitung* el profesor Treischke, aunque abreviándola y alterando la forma en que este eminente historiador la recibiera de manos del feld-mariscal.

De Moltke,

Mayor y ayudante de Su Majestad Imperial.

Berlín, 25 de junio de 1891.



EL FELD MARISCAL CONDE DE MOLTKE

LA GUERRA FRANCO-ALEMANA

I

Pasaron ya los días en que, para fines dinásticos, los reducidos ejércitos de soldados de profesión iban á la guerra para conquistar una ciudad ó una provincia y buscaban después cuarteles de invierno ó se firmaba la paz.

Las guerras actuales llaman á las armas á naciones enteras y apenas hay familia que no haya de sufrir sus consecuencias. Todos los recursos financieros del Estado se destinan á este objeto y las diferentes estaciones del año no influyen en el incesante progreso de las hostilidades.

Mientras que las naciones sigan siendo independientes unas de otras, habrá desacuerdos que no se pueden conciliar sino por la fuerza de las armas; pero en interés de la humanidad debe esperarse que las guerras sean al fin menos frecuentes, por lo mismo que son más terribles.

Hablando en general, no es ya la ambición de los monarcas la que hace peligrar la paz: la opinión pública del pueblo, su descontento por la marcha interior de los negocios públicos, la lucha de los partidos y las intrigas de sus jefes son las verdaderas causas de que se turbe la paz. La declaración de guerra, tan grave en sus consecuencias, se hace más fácilmente por una numerosa asamblea, cuyos individuos ninguna responsabilidad particular asumen, que por un hombre solo, por elevada que sea su posición; y es más fácil hallar hoy en día un soberano amante de la paz que un parlamento en donde reinen la sabiduría y la prudencia. Las grandes guerras de los modernos tiempos han sido declaradas contra el deseo y la voluntad de los gobernantes. En la actualidad, la Bolsa alcanza tal influencia, que puede hacer levantar ejércitos para empeñar la lucha tan sólo con el fin de favorecer sus intereses. Méjico y Egipto se vieron invadidos por ejércitos europeos simplemente para satisfacer las demandas de la *alta hacienda*. La pregunta: «¿Tiene esa nación fuerza suficiente